riéndolo así el descenso del terreno: este piso más bajo no tiene comunicacion con el interior, y en el exterior no hay más que las puertas de las trojes que lo forman.»

Tal fué el edificio en que se encerró el intendente con las tropas y caudales de la provincia. La circunstancia de estar dominado por el cerro del Cuarto y de estar rodeado por otros edificios, que para subirse se necesita una numerosa guarnicion, contribuyeron á debilitar la posicion militar de la Alhóndiga. Riaño pensaba resistir en ella hasta la llegada de Calleja, que debia tardar cuando ménos una semana, y al que habia llamado por medio de violentos extraordinarios.

XX.

A las nueve de la mañana del viérnes 28 se presentaron por fin en la trinchera de Belen, Don Mariano Abasolo y Don Ignacio Camargo, de parte de Hidalgo, siendo portadores de dos pliegos: uno era la formal intimacion para que se rindiese la plaza, y el otro una carta amistosa de Hidalgo para Riaño, cuya intimacion dice así:

«Cuartel general en la hacienda de Burras, 28 de Setiembre de 1810.—El numeroso ejército que mando, me eligió por capitan general y protector de la nacion en los campos

de Celaya. La misma ciudad, á presencia de cincuenta mil hombres, ratificó está eleccion que han hecho todos lugares por donde he pasado; lo que dará á conocer á V. S. que estoy legítimamente autorizado por mi nacion para los proyectos benéficos, que me han parecido necesarios á su favor. Estos son igualmente útiles y favorables á los americanos y á los europeos que se han hecho ánimo de residir en este reino, y se reducen á proclamar la independencia y libertad de la nacion: de consiguiente, yo no veo á los europeos como enemigos, sino solamente como á un obstáculo, que embaraza el buen éxito de nuestra empresa. V. S. se servirá manifestar estas ideas á los europeos, que se han reunido en esa Alhóndiga, para que resuelvan si se declaran por enemigos, ó convienen en quedar en calidad de prisioneros, recibiendo un trato humano y benigno, como lo están esperimentando los que traemos en nuestra compañía hasta que se consiga la insinuada libertad é independencia, en cuyo caso entrarán en la clase de ciudadanos, quedando con derecho á que se les destituyan los bienes de que por ahora, para las urgencias de la nacion, nos servimos. Si por el contrario, no accedieren

á esta solicitud, aplicaré todas las fuerzas y ardides para destruirlos, sin que les quede esperanza de cuartel

Dios guarde á V. S. muchos años como lo desea su atento y servidor.—*Miguel Hidalgo y Costilla*, capitan general de América. "

" Señor Don Juan Antonio Riaño.—Cuartel de Burras, Setiembre 28 de 1810.—Muy señor mio:—La estimacion que siempre he manifestado á usted es sincera, y la creo debida á las grandes cualidades que le adornan. La diferencia en el modo de pensar, no la debe disminuir. Usted seguirá lo que le parezca más justo y prudente, sin que esto acarrié perjuicio á su familia. Nos batiremos como enemigos si así se determinare; pero desde luego ofrezco á la señora intendenta un asilo y proteccion decidida en cualquier lugar que elija para su residencia, en atencion á las enfermedades que padece. Esta oferta no nace de temor sino de una sensibilidad, de que no puedo desprendeme.

Dios guarde á usted muchos años, como desea su atento servidor Q. S. M. B.—*Miguel*

Hidalgo y Costilla.—En la hacienda de Burras, á 28 de Setiembre de 1810.»

Camargo fué introducido á la Alhóndiga con los ojos vendados para entregar al intendente las dos comunicaciones; éste leyó la primera á su tropa y un grito unánime de *viva el rey* fué la respuesta que obtuvo de parte de los soldados y paisanos. Satisfecho Riaño de haber cumplido con sus deberes, contestó en estos términos á la comunicacion y á la carta:

«El intendente de Guanajuato y su gente, no reconocen otro capitan general que al virey de Nueva España, ni más modificaciones en el gobierno que las que acordaren las cortes reunidas en la península.»

Entretanto, el grueso de los insurgentes se acercaba á la ciudad, y la plebe, unida con los obreros de las minas, á quienes habia invitado Don Casimiro Chovell, administrador de la Valenciana, coronaba las alturas, decidida á unirse ya á los asaltantes: serian las doce poco más ó ménos, cuando principió el

ataque. Los soldados del regimiento de Celaya ocuparon las casas vecinas á la Alhóndiga y la multitud los cerros de San Miguel y el Cuarto, haciendo los primeros un fuego terrible y certero y arrojando los segundos una lluvia continua de pedruzcas sobre la azotea de la Alhóndiga, siendo auxiliados por la plebe que los habilitaba con las piedras y guijarros del rio Cata.

Los refugiados en la Alhóndiga hacian una resistencia desesperada; convertian en granadas de mano y lanzaban sobre las columnas que atacaban las trincheras los frascos de azogue, que hacian al caer, un horroroso estrago en la multitud. La muerte del intendente vino á poner en confusion á los defensores de la Alhóndiga. Viendo que la trinchera que cerraba la calle de los Pozitos era atacada con mayor furia, salió á reforzarla con veinte infantes, y al volver, cuando ya pisaba la escalinata de la puerta, un sargento del regimiento de Celaya le dió un tiro en el ojo izquierdo desde una altura inmediata. En unos, el primitivo ardor habia desaparecido; en otros, el deseo de venganza y la desesperacion los habia exaltado, y mientras el asesor de la provincia hacia enarbolar una

bandera blanca, Don Gilberto Riaño, hijo del intendente, arrojaba los frascos de azogue convertidos en granadas, y todo esto que era el simple efecto de la falta de un jefe, era considerado como una traicion por los asaltantes. Desalojados los defensores de la azotea y habiendo flaqueado en la defensa, la muchedumbre, irritada, se precipitó por las avenidas. En medio del gentío la caballería se inutilizó, y ni los cobardes podian huir, ni los valientes avanzar; parecia aquella multitud un solo cuerpo animado de una sola voluntad: los de atrás empujaban á los que iban á vanguardia y pasaban sobre sus cadáveres, semejando, como dice muy bien un escritor, á las olas que impulsadas unas por otras, vienen á estrellarse en las rocas de la playa.

Entónces fué cuando Hidalgo, que habia permanecido cerca del lugar de la accion, montado á caballo y con un pistola en la mano, mostró su deseo de que se consiguiesen barras para romper la puerta de la Alhóndiga, y que un operario de la mina Mellado, de cosa de veinte años de edad y de nombre Mariano, se ofreció á hacerlo sin ninguna clase de instrumentos. Cubierto con una enorme loza y arrimándose á la pared, se acercó á la

puerta y despues de untarla de aceite y brea, arrimó el ocote y las llamas abrieron bien pronto un camino á la multitud desenfrenada de los insurgentes. Serian las cinco de la tarde poco más ó menos, cuando el mayor Berzabal reunio á unos cuantos soldados en el patio haciendo fuego á los que entraban, muriendo á poco defendiendo las banderas de su batallon. Empezó entónces una horrorosa matanza; los vencedores se esparcian por las trojes y los corredores matando sin piedad á los vencidos; la plebe se precipitaba sobre los caudales y los objetos depositados en la Alhóndiga, y los cadáveres, y los archivos, y los víveres, rodaban envueltos en horrorosa confusion por las escaleras, en medio de los gritos de rabia y de los ayes y súplicas de los moribundos. La noche solo pudo acabar con aquella sangrienta escena en la que la plebe de Guanajuato desempeñó el papel más siniestro. Tal fué el primer choque entre los realistas y los insurgentes, choque rudo y funesto como los ódios que los separaban; en él quedaron muertos tres mil insurgentes y la mayor parte do los defensores de la Alhóndiga y desechas las fortunas que habian acumulado con incesante afan los que, hasta ha-

cia poco tiempo, consideraban á los que habian de ser sus matadores, como sus esclavos sumisos y fieles. ¡Con odio y sangre se fundaron las instituciones coloniales, preciso era que con sangre y odio se hubieran de destruir!

XXI.

El epílogo de la batalla se repitió en el centro de la ciudad; á la luz rojiza de las teas eran saqueadas las casas de los españoles, y el rechinar de las puertas y el ruido de las barretas con que se rompian, y de las pisadas que marcaban en el pavimento una huella de lodo y sangre, interrumpian el lúgubre silencio de la noche. Aquellos excesos se repitieron al dia siguiente, hasta que el domingo 30, Hidalgo hizo publicar un bando para hacer cesar el saqueo. En los dias que siguieron al del triunfo, fué cuando el caudillo insurgente mostró que si era enérgico en medio de la lucha y la aceptaba con todas sus consecuencias, sabia portarse con generosi-

dad cuando los acontecimientos y los hombres que lo rodeaban lo permitian. Hidalgo mandó poner en libertad á todos los criollos que habian sido hechos prisioneros en la Alhóndiga: dejó ir á sus casas á varios españoles y al resto lo distribuyó en alojamientos cómodos mandando que se asistiesen á los enfermos y heridos con el mayor esmero, y á la viuda del intendente Riaño mandó devolver todos los objetos de su esposo tomados de la Alhóndiga y le hizo regalar una barra de plata á su hijo Don Gilberto, que murió á pocos dias de resulta de las heridas que recibió en el asalto. Uno de los españoles que volvieron á su casa, fué el padre del ilustre magistrado Don Manuel Baranda, quien siendo todavía muy niño, acompañó á su madre á suplicar á Hidalgo para que concediese semejante permiso. Los tres eran conocidos de Hidalgo, quien al ver arrodillados delante de sí á una señora y á un niño, á quienes habia tratado en la opulencia, se conmovió y les dijo disimulando apenas su emocion: " Señora, las circunstancias me obligan á disimular estos males necesarios, que soy el primero en sentir y lamentar..... Su marido de usted queda en libertad, ya que se ha librado del

furor de mis soldados, ojalá que así pudiera yo salvar á todos sus compañeros de infortunio. " Don Lúcas Alaman, el mismo que más tarde habia de denigrar la memoria del primer caudillo de la independencia, tuvo ocasion de conocer su generosidad. Su casa se hallaba en peligro de ser saqueada, y él y su madre ocurrieron á Hidalgo que se hallaba alojado en el cuartel del Príncipe, para evitar una violencia de parte de la plebe.

" Una de las casas, dice Alaman, que se hallaban amenazadas de este riesgo, era la de mi familia, en cuyos bajos estaba la tienda de un español, muerto en la noria de Dolores, llamado Don José Posadas, que aunque habia sido ya saqueada, un cargador de la confianza de Posadas dió aviso de que en un patio interiro, habia una bodega con efectos y dinero que él mismo habia metido. Muy difícil fué contener á la plebe, que por el entresuelo habia penetrado hasta el descanso de la escalera, corriendo yo mismo no poco peligro, por haberme creido europeo. En este conflicto, mi madre resolvió ir á ver al cura Hidalgo, con quien tenia antiguas relaciones de amistad y yo la acompañé. Grande era para

una persona decentemente vestida, el riesgo de atravesar las calles por entre una mnchedumbre embriagada de furor y licores: llegamos, sin embargo, sin accidente hasta el cuartel del regimiento del Príncipe, en el que como ántes se dijo, estaba alojado Hidalgo. Encontramos a éste en una pieza llena de gente de todas clases: habia en un rincon una porcion considerable de barras de plata, recogidas de la Alhóndiga y manchadas todavía con sangre; en otro, una cantidad de lanzas y arrimado á la pared y suspendidos de una de éstas, el cuadro con la imágen de Guadalupe, que servia de enseña á la empresa. El cura estaba sentado en su catre de camino con una mesa pequeña delante, con su traje ordinario y sobre la chaqueta un tahalí morado, que parecia ser algun pedazo de estola de aquel color. Recibiónos con agrado, aseguró á mi madre de su antigua amistad, é impuesto de lo que se temia en la casa, nos dió una escolta, mandada por un arriero vecino del rancho del Cacalote, inmediato á Salvatierra, llamado Ignacio Centeno, á quien habia hecho capitan y al cual dió órden de defender mi casa y custodiar los efectos de la propiedad de Posadas, haciéndolos llevar, cuando

se pudiese, al alojamiento de Hidalgo, pues los destinaba para gastos de su ejército. Centeno, teniendo por imposible contener el tumulto que iba en aumento, pues se reunia á cada instante más y más gente empeñada en entrar á saquear, dió aviso con uno de sus soldados á Hidalgo, el cual creyó necesaria su presencia para contener el desórden que no habia bastado á enfrenar el bando publicado y se dirigió á caballo á la plaza, donde mi casa estaba, acompañado de los demas generales. Llevaba al frente el cuadro de la imágen de Guadalupe, con un indio á pié que tocaba un tambor: seguian porcion de hombres del campo á caballo con algunos dragones de la Reina en dos líneas, y precedia esta especie de procesion el cura con los generales vestidos estos con chaquetas, como usaban en las poblaciones pequeñas los oficiales de los cuerpos de milicias, y en lugar de las divisas de los hombros que tenian en el regimiento de la Reina, se habian puesto en las precillas de las charreteras unos cordones de plata con borlas, como sin duda habian visto en algunas estampas que usan los edecanes de los generales franceses; todos llevaban en el sombrero la estampa de la vírgen de Guadalupe.

Llegada la comitiva al paraje donde estaba el mayor peloton de plebe delante de la tienda de Posadas, se le dió órden al pueblo para que se retirase, y no obedeciéndola, Allende quiso apartarlo de las puertas de la tienda metiéndose entre la muchedumbre: el enlosado de la acera forma allí un declive bastante pendiente, y cubierto entónces con todo género de suciedades; estaba muy resbaladizo: Allende cayó con el caballo y haciendo que éste se levantase, lleno de ira sacó la espada y empezó á dar con ella sobre la plebe que huyó despavorida, habiendo quedado un hombre gravemente herido. Siguió Hidalgo recorriendo la plaza y mandó hacer fuego sobre los que estaban arrancando los balcones de las casas, con lo que la multitud se fué disipando, quedando por algun tiempo grandes grupos, en los que se vendian á vil precio los efectos sacados en el botin.

XXII.

Apaciguado el desórden, Hidalgo convocó al Ayuntamiento para arreglar el gobierno de la provincia: ofreció la intendencia al alferez real Juan Perez Marañon, quien más tarde la desempeñó por nombramiento del gobierno español; pero éste y otros capitanes hicieron una oposicion sistemática á todas las medidas de Hidalgo; quien despechado con esta resistencia, nombró intendente á Don Francisco Gómez y asesor al Lic. Cárlos Montesdeoca, y previno al Ayuntamiento que hiciese los nombramientos de alcaldes, sin que ninguno de los que le habian rehusado su cooperacion sufriese la menor molestia. Así se portaba el hombre á quien más tarde se

habia de acusar de no tener ni la menor nocion de órden y á quien se ha pintado como cruel y sanguinario con sus enemigos políticos. Hidalgo, que desconocia todas las autoridades emanadas del rey, tenia ó aparentaba tener un gran respeto por aquellas que representaban el poder popular aunque de una manera inperfecta, como los Ayuntamientos de entónces, y así lo vemos entregarse á la tarea de reorganizar el gobierno civil, primero el de Celaya y luego el de Guanajuato. Como esta ciudad ofrecia grandes recursos materiales, Hidalgo se ocupó en aprovecharlos, y uno de sus primeros actos fué la fundacion de una casa de moneda para la acuñacion de la inmensa cantidad de plata pasta que habia caido en su poder: en pocos dias se montó este establecimiento en la hacienda de San Pedro, bajo la direccion de Don Francisco Robles, y de un modo tan perfecto, que las máquinas de aquella casa se trajeron más tarde á México para perfeccionar las del rey; dichas máquinas, lo mismo que las de la fundicion de cañones, establecida tambien por Hidalgo y dirijida por Don Rafael Dávalos, alumno del colegio de Minería de México, se hicieron conforme á los modelos de un diccionario de artes, que segun cuenta la tradicion, habia sido estudiado con empeño hacia largo tiempo por el mismo Hidalgo y que pertenecia á la biblioteca de Don José María Bustamante. Los resultados de esta última fábrica, lo mismo que todo el armamento, no fueron tan satisfactorios como los de la primera, en la cual no se cambiaron ni los troqueles ni la ley de la moneda. Hidalgo levantó, además, varios cuerpos de ejército y disciplinó otros y tuvo la satisfaccion de que se filiaran en ellos gran número de jóvenes distinguidos por su educacion y sus relaciones; entre ellos se contaban Don Casimiro Chovell, administrador de la mina la Valenciana, Don Mariano Jimenez, alumno de la escuela de Minería de México, Don José María Liceaga presidente más tarde del primer Congreso Mexicano y Lic. Don José María Chico, miembro de una de las familias más distinguidas de Guanajuato.

CAPILLA ALFONSINA

CAPILLA ALFONSINA

XXIII.

Entretanto, la actitud de Calleja inquietaba á los insurgentes de Guanajuato; pero convencido Hidalgo de que este jefe no se habia movido de San Luis, salió por fin con direccion á Valladolid, precediéndole Don Mariano Jimenez con un cuerpo de tres mil hombres. El 1.º de Octubre abandonó Hidalgo á Guanajuato; por donde quiera que pasaba, veia engrosar sus filas por campesinos y rancheros armados de lanzas, hondas, picas y garrotes: al aproximarse á Valladolid, huyeron el obispo Abad y Quiepo con todos aquellos que pensaban resistirlo y que se habian desconcertado al saber que los coronelles García Conde y Rul, y el teniente Marin, habian sido aprehendidos por el torero Luna, cerca de Acámbaro. Al acercarse Hidalgo, salió hasta el pueblo de Indapéndaro una comision compuesta del canónigo Betancourt, del regidor Don Isidro Uriarte y del capitan Don José María Arancivia, para verificar la entrega de la ciudad; hízose esta tranquilamente, y á pesar de que el ejército insurgente se componia de ochenta mil hombres desordenados, no tuvo el carácter sangriento que la de San Miguel y Guanajuato. Entónces fué cuando el clero cometió el primer acto de bajeza que con tanta frecuencia habia de cometer más tarde, con todos los caudillos vencedores en nuestras revueltas políticas. Hidalgo, disgustado con el cabildo, declaró vacantes todas las prebendas ménos cuatro, recibió mal á los canónigos y no quiso asistir á la misa de gracias que se celebró por su entrada; y apesar de todo esto, el gobernador de la mitra, canónigo conde Sierra Gorda, levantó la excomunion fulminada contra él, y las campanas de la catedral saludaron con sonoros repiques al que pocos dias ántes era visto como un hijo del infierno.

El clero de Valladolid no tuvo ni la en-

tereza de los regidores de Guanajuato, ni la abnegacion suficiente para mostrar una noble indiferencia: su cobardía no le permitió sino usar de la adulacion. La ciudad padeció poco relativamente, con la presencia de los ochenta mil hombres que seguian á Hidalgo; el número de las casas saqueadas fué muy corto, y el mismo Allende contuvo inmediatamente el desórden. Nuevos recursos materiales se ofrecieron á la revolucion en Valladolid: el regimiento provincial, cuya oficialidad estaba complicada en el proceso formado á los conspiradores de 1809, se les unió inmediatamente, y su sargento mayor, Don Manuel Gallegos, fué nombrado coronel: este oficial aconsejaba en vano á Hidalgo que organizase mejor á la muchedumbre que lo seguia. Hidalgo lo esperaba todo de la fuerza espansiva de la revolucion, ofuscado por el éxito asombroso que habia tenido su audacia, pues hasta entónces no habia ciudad que no se le rindiese á su paso, ni pueblo que no secundase su causa, ni cortijo que no repitiera con entusiasmo su grito de guerra.

Ya en esta ciudad, Hidalgo expidió por primera vez los decretos aboliendo la esclavitud y los estancos, de que hablaremos más

tarde y que fueron promulgados por segunda vez en Guadalajara. Esto está comprobado por los ejemplares auténticos que existen de ellos, con la fecha relativa y la rúbrica del intendente Anzorena. Una prueba más de que Hidalgo intentaba organizar la revolucion, segun lo iban permitiendo los sucesos.

CAPILLA ALFONSINA

CAPILLA ALFONSINA

XXIV.

Organizado con toda prisa el gobierno de la provincia, nombrado intendente de ella Don José María Anzorena, miembro de una respetable familia; Hidalgo quiso aprovechar el tiempo para atacar á México, miéntras que Calleja avanzaba á Dolores, y el conde de la Cadena, que guarnecia á Querétaro, caminaba para unirse á las fuerzas de San Luis, dejando abandonada la capital. Hidalgo salió el 19 de Octubre de Valladolid, y en el pueblo de Charo, fué donde encontró al hombre que debia continuar la empresa con una fortuna fabulosa. Don José María Morelos, de humilde orígen y que habia servido de arriero hasta los veinticinco años, entró á es-

ta edad al colegio de San Nicolás, del que era rector Hidalgo; habiendo recibido las órdenes sagradas, servia en 1810 los curatos de Nucupétaro y Carácuaro, y cuando llegó á sus oidos que su antiguo maestro habia alzado la bandera de la revolucion proclamando lo independencia dirijióse al instante á Valladolid y no encontrándole lo siguió hasta Charo, donde se le presentó ofreciendo servirle como capellan segun unos, y deseando tomar parte en los azares de la guerra segun otros. Hidalgo habia mandado desde luego al principio emisarios por toda la Nueva España, para que propagasen la revolucion y conforme con este plan, dió á Morelos el título de coronel y el encargo de insurreccionar las provincias del Sur de México. El grado de coronel entrañaba una distincion, pues no se habia conferido sino á aquellos que presentaban cierto número de gente armada.

Sea que Hidalgo, conociendo el carácter de su antiguo discípulo lo hiciese intencionalmente, sea que una feliz inspiracion le hiciese darle tan difícil tarea, de levantar contra el gobierno español todo el territorio comprendido desde la costa de Sotavento hasta la de Acapulco, el caso es que aquella fué

acertada medida, pues aquel hombre humilde, sin recursos, sin instruccion, con la fuerza sola de su voluntad, levantó más tarde ejércitos, continuó la obra del héroe de Dolores, instaló el primer Congreso Mexicano, expidió una constitucion, modelo en su época, venció á los ejércitos del rey en cien combates y salvó, por decirlo así, la causa de la independencia mexicana.

Al llegar á Acámbaro se pasó revista á los ochenta mil hombres que formaban el ejército, y en esa revista Hidalgo fué promovido á generalísimo, Allende á capitan general, Aldama, Jimenez, Balleza y Arias, el mismo que denunció la conspiracion de Querétaro, á tenientes generales, y Abasolo y otros á Mariscales de campo: se previno los uniformes que cada uno habia de usar, y se celebró este acontecimiento con repiques, salvas y un solemne *Te Deum*. Este acontecimiento, como todos los de aquella revolucion, marcaban perfectamente que la precipitacion con que habia comenzado, obligaba forzosamente á sus caudillos el irla organizando en el curso mismo de los sucesos.

Dividido el ejército en regimientos de á mil hombres cada uno, con un escaso armamento, con los cañones fundidos en Guanajuato y escasamente dotado de parque, avanzó por Maravatío, Tepetongo, la Jornada é Ixtlahuaca, hasta llegar á Toluca. En todas partes se engrosaban las filas insurgentes; todas las aldeas, las rancherías, las haciendas recibian á Hidalgo con los brazos abiertos, y el sonoro repique de las campanas y los acordes magestuosos del *Te Deum* y el grito de guerra secundado por los moradores, lo saludaban en su camino como al libertador de la patria. A su paso salian las pablaciones enteras á saludarlo, los cuaras lo festejaban, desaparecian los edictos de la Inquisicion y los bandos del virey, y los españoles y aquellos que simpatizaban con ellos, huian amedrentados buscando un refugio en las ciudades. No es así por cierto como se reciben á los bandidos, ni á los que vienen únicamente á saquear y á matar; ochenta mil ladrones y asesinos no hubieran dejado pueblo ni hacienda que no arrasaran, ni recuerdos agradables en sus habitantes; y sin embargo, no es estraño todavía encontrar por aquellas comarcas á algun anciano que refiera entusiasmado el dia en que *el cura Hidalgo* pasó por su pueblo ó frente de su cabaña, con su cua-

CAPILLA ALFONSINA

dro de *Nuestra Señora de Guadalupe* por estandarte. Su entrada á Toluca no fué acompañada de ningun desórden; la plebe intentó saquear la casa de un español cuando ya el ejército estaba en camino para Lerma, pero contenida por el padre Balleza, se contentó con insultar á García Conde, á Rul y á Merino, que en calidad de prisioneros venian cómodamente en unos coches á la retaguardia de los insurgentes.

XXV.

El virey, al aproximarse Hidalgo, mandó en observacion al teniente coronel Don Fortunato Trujillo con el regimiento de Tres Villas, dos batallones mandados por Don José Mendivil y con algunos dragones de España: en esta division iba á medir por primera vez sus armas, contra los libertadores de su patria, Don Agustin de Iturbide, quien más tarde y despues de realizar la independencia, habia de llamar á sus primeros caudillos asesinos y ladrones y á quien se acusaba por entónces de haber sido uno de los denunciantes de la conspiracion de Valladolid en 1809.

El valle de México, en cuyo centro se asienta la capital, está separado del de Tolu-

CAPILLA ALFONSINA BIBLIOTECA UNIVERSITARIA